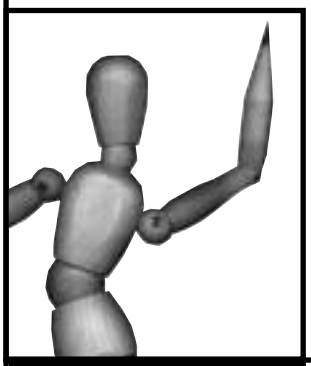
LO QUE PASA



[Ernesto Caballero]

Estimados amigos, enemigos y colegas en general.

Me complace mucho esta ocasión que se nos brinda para poder hablar con vosotros acerca de la escritura dramática. Hablar... qué deciros que nos sepáis, que no sepamos, que ya no se haya dicho o que no se vaya a decir... tal vez nuestro oficio sólo consista en eso, en volver a decir una y otra vez lo que ya sabe el público; en ese reconocimiento se encierra un extraño placer que como señalara Becht casi siempre deja las cosas como están, y las conciencias limpias y tranquilas... Aquí ahora me corresponde proferir este monólogo que he dado en llamar LO QUE PASA. Un monólogo en el que no pienso matizar, porque si matizo ya no digo nada. Allá voy, pues.

Lo que pasa, esa es la cuestión. A menudo se nos comenta: "con todo lo que está pasando de qué habláis los dramaturgos". Y los dramaturgos entonces vamos y diligentemente levantamos actas sobre los más diversos temas de rabiosa actualidad. Y hablamos, hablamos, hablamos... y exponemos nuestra visión de la realidad... como todo el mundo... no vamos a ser menos, porque hoy en día cualquiera opina, expone su visión personal, crítica, de la realidad desde cualquier estrado, ya sea éste un plató de televisión, una emisora de radio, un periódico o el escenario de un teatro. Sí, nosotros también hablamos, criticamos, fustigamos la realidad. ¿Y qué?

No pasa nada.

Sin embargo, a veces sucede que no sólo hablamos sobre lo que pasa, sino que pasa lo que escribimos. Y entonces aparece esa extraña y subversiva criatura que hemos dado en llamar escritura dramática. Un curioso fenómeno, esencialmente transformador, que se manifiesta por medio de un intercambio de palabras que denominamos diálogo y que logra, con mejor o peor fortuna, expresar una situación someramente definida. La situación. Lo que pasa.

Ahora bien, resulta que esta escritura dramática está abandonando los escenarios como las ratas dicen que huyen de los barcos a punto de zozobrar. Y es que en nuestros escenarios ya no se busca escritura dramática, esto es lo que pasa. Se busca que no pase nada. Eso es lo único que pasa.

La escritura dramática la encontramos ahora en el cine y en la TV. Ah, y también, sí, también en la narrativa. Los editores de novela ahora piden más diálogo —como en el cine— para vender más. Sí, la escritura dramática ya no hay que ir a buscarla a los lánguidos y vetustos teatros decimonónicos. No, ahí no. Ya no. En esos teatros puede que encontremos brillantes animadores que cuentan chistes que antes han contado por televisión, o artistas que canten o que realicen espectáculos de gran impacto sonoro... No sé, uno puede encontrase de todo, de todo menos escritura dramática.

Y eso es lo que pasa, mal que a algunos nos pese.

En la TV y en el cine se puede hacer literatura dramática porque hay industria; pero en el teatro no. En el teatro no hay industria, apenas cuatro empresarios antediluvianos que no saben lo que es el teatro, el teatro entendido como escritura dramática, claro está.

Esos empresarios piensan en el teatro como el lugar en el que al público se le brinda la ocasión de contemplar de cerca al famoso de turno; si, el empresario, llamemosle así, confía en acomodar ingentes cantidades de posaderas en las butacas de nuestros vetustos y lánguidos teatros, a base de reclamos así de pintorescos, y a veces, casi siempre, lo consigue.

Porque esos teatros como queda ya dicho se han convertido en escenarios para animaciones y eventos de muy diversa índole, espacios de animación pública, lugares de entretenimiento, que a nuestros actuales responsables públicos populares les gusta llamar cultura no elitista (¡He aquí nuestra genuina versión de aquel Teatro Nacional Popular soñado por Vilar!).

En esos teatros todo puede pasar, incluso que se utilicen renombrados textos de escritura dramática para

uso y abuso de animosos directores de festejos. Eso es lo que ahora pasa con la escritura dramática.

Ahora que también, como he dicho, puede pasar que encontremos escritura dramática en la narrativa. Se puede encontrar escritura dramática (a veces buena) en la narrativa y entonces los suplementos literarios la reseñan y las instituciones públicas la promocionan. Esto comporta un saludable prestigio y estímulo al novelista de marras que si bien no le ayuda a pagar la hipoteca del piso, si le procura el confortador espejismo de su propia existencia en la superpoblada barriada de la literatura contemporánea, cosa de la que no puede vanagloriarse la mayoría del gremio de dramaturgos, parte de los cuales se halla aquí presente.

Eso es lo que pasa.

Y es que la antañona figura del dramaturgo parece que hiere la sensibilidad de los nuevos tiempos. No está de moda. No estamos de moda. Eso es lo que pasa.

Sin embargo, la escritura dramática si que está de moda. La encontramos en todas partes, en la televisión cuando entrevistado y entrevistador pugnan por vencer en brillantez, en esos programas en que personajes irrelevantes se enzarzan en vehementes discusiones acerca de la veracidad de tal o cual aventura amorosa, o en las previsibles réplicas y contraréplicas de nuestros representantes políticos, o en el comentario de aquella jugada que para unos fue penalty y para otros un simple tirarse a la piscina, o en casa cuando negociamos con nuestro contrario el canal elegido para sobrellevar la parsimoniosa tarde dominical... En todo ello encontramos escritura dramática. Pero en el teatro, en cambio...

En el teatro no pasa nada.

El dramaturgo que escribe para ver su obra representada se ajusta a la demanda: y esta demanda la forman los empresarios al uso, como queda dicho, máximos representantes de la ignorancia teatral; y los directores de escena, máximos responsables del teatro institucional. Y esa demanda reclama textos donde no pase nada.

El director contemporáneo reclama textos abiertos despojados de situación dramática. El director contemporáneo prefiere dotar de teatralidad textos no dramáticos que hacer que suceda una situación dramática. El director contemporáneo manda en el teatro institucional y no quiere escritura dramática. El director contemporáneo es el heredero de toda una corriente que ha aportado al teatro nuevos lenguajes y valiosos recursos escénicos. Pero ha llegado un momento en que ha incurrido en una retórica de esos recursos. El director contemporáneo vive en esa suerte de manierismo. No quiere un teatro donde pase nada más allá que su propia elocuencia escénica. Por eso prefiere textos abiertos que funcionen en el espectáculo y sólo por y para el espectáculo.

Se dice que no hay autores, cuando lo que realmente se quiere decir es que no hay autores que escriban sobre la nada.

Por eso debemos escribir textos abiertos donde no pase nada, donde la escritura dramática brille por su ausencia. Eso es lo que pasa, por ejemplo, si queremos estrenar nuestras obras en nuestros teatros institucionales, dirigidos por prestigiosos directores de escena.

Así pues nosotros, escritores dramáticos, si queremos ver nuestras obras representadas en los teatros privados o institucionales tenemos que escribir un teatro donde no pase nada. Un teatro, si acaso, donde parezca que pasa algo pero que en el fondo no pase nada.

¿Y cómo se puede escribir un teatro donde no pase nada? ¿O donde parezca que pasa algo sin que en realidad pase nada?.

Ya hemos dicho que basta con hablar, hablar, hablar...

Podemos incluso exponer nuestra versión crítica, disconforme de la realidad, espolvoreemos en el diálogo lo injusto que es el mundo, las muchas formas que el mal adopta en la actualidad, eso es, podemos hablar del mal, denunciar el mal, pero siempre que el mal no suceda en el escenario. Porque si sucede el mal en nuestros escenarios, entonces pasa algo. Pasa algo malo. Nos compromete, nos obliga a ponernos en el lugar del mal. Y destapar esa caja de los truenos nos puede llevar a incómodas situaciones tanto a nuestros bien trazados personajes como a nosotros mismos. Si, incómoda situación la de encontrarse de repente con un teatro donde pasa algo malo, donde pasa el mal...

Porque entonces pasa lo peor: pasa, como queda dicho, que nadie quiere estrenar esa obra. Y entonces escribimos para la nada. Y entonces se dice que no hay autores, cuando lo que realmente se quiere decir es que no hay autores que escriban sobre la nada, que es el teatro que realmente interesa.

Así pues, para estrenar es preciso que el mal no aparezca por ningún lado. El mal que para nosotros no es otra cosa que eso se esconde tras las buenas maneras. Detrás de lo que entendemos que es el orden natural de las cosas. El mal, el maligno, que como nos recordó Baudelaire: "una de sus más arteras estratagemas consiste en hacernos creer que no existe". Baudelaire sabía que el mal existía detrás de la bien pensante sociedad de su tiempo, de la misma manera que tratamos de ignorar cuánto mal transpira ésta nuestra jactanciosa sociedad del bienestar, es necesario que miremos a los ojos de la Bestia, la escritura dramática está para eso.

Pero claro, todo esto no son más que palabras. Y la cuestión, como apuntábamos al principio no consiste tanto en lo que digamos, sino en lo que seamos capaces de hacer con lo que decimos. Así que... A ver qué pasa...

Gracias por vuestra atención.■